

—No; prometes hablar, y mi pregunta es de lo más natural.

—Sí, sí; natural es todo.

—Según como se entienda.

—Pues venga acá, amiguito, que hemos de hablar seriamente: estuvo Felicia aquí, llena de pesar, partía el alma oírla.

—¿No digas...! ¿En esta casa?

—En esta casa. Y eres un ingrato imperdonable. Parece mentira que cometieras semejante acción, que basta a oscurecer las buenas que todos los días practicas.

—¿Qué es la cosa? ¿De qué se trata?

—¿De qué? Que estás matando un corazón. ¡Jamás lo creyera!

—¿Por qué lo dices?

—Por tu proceder injusto y dureza impropia de noble caballero.

—No comprendo.

—Dí mejor que te haces el desentendido. Vamos a ver: ¿por qué cortejaste a Felicia?

—Vaya una pregunta. Pues porque me gustaba.

—¿Y cuál es el pecado por ella cometido o el lunar que le has encontrado para que tan cruelmente la tengas abandonada? Ella es ahora tanto o más guapa que antes; es bien nacida, virtuosa, tierna y rica; pocas habrá que la aventajen. Fuiste el primero que despertó su corazón el amor, y has fomentado ese amor mucho tiempo con solicitud; y cuando menos lo esperaba Felicia alzaste el vuelo; sabes que llora tu ausencia, que se ha enclaustrado por tí, que anhela por verte como el único remedio para recuperar la salud de su alma; que da al viento sus quejas y se marchita... Luis, tú no eres malo ¿por qué la haces padecer?... Con amarte tanto, ella se perjudica. Los sentimientos de la mujer son muy delicados. Ustedes se distraen fácilmente en la calle; a nosotras una pena nos agobia porque somos como la máquina de coser en movimiento: si tiene hilo y tela, cose, si no, se destruye; no habiendo distracciones, las ideas, como la aguja de

la máquina, aunque el género pase, como la vida, dan siempre en el mismo lugar, y nos atormentan.

—Comprendo tu discurso, y tienes razón que te sobra. Soy el primero en lamentarlo; pero ¿qué quieres que haga?

—¿Cómo, qué quieres que haga? Cumplir tus promesas, no prevalerse de la inocencia para burlarla.

—Yo no la he engañado. El engañado fui yo. Creí que la amaba y por eso la cortejé; mas al fin, convencido de lo contrario paré el galanteo sin brusquedad, antes de que las cosas crecieran. ¿En dónde está mi delito?

—Ignoraba tu egoísmo, Luis.

—¿Mi egoísmo...! No soy como todos. Me induces a pensar...

—¿Qué?

—Oye. Oye lo que pienso: a cualquiera mujer, con un temperamento como el de Felicia, puede ocurrirle igual que a ella; y la simpatía que despierta en otras, se confunde con el egoísmo puesto que pensando ellas, que puede acontecerles ser víctimas, como has dicho, de la torpeza o inconstancia del hombre que las cautivase, más que la compasión un deber de solidaridad femenina las empuja a hacer causa común. ¡Y por eso debo ser la víctima!

—Gracias, Luis, no creí merecer de tí ese reproche...

—Pero, si lo que pides no es distinto. En pocas palabras: quieres casarme con Felicia para curarla; y a mí, que no deseo contraer matrimonio, que me lleve la trampa. ¿Has pensado en lo que sería unir para siempre la suerte de dos personas que no se llevarán bien por cuanto una no ama, y la otra, de amores se derrite? He allí por qué digo que me quieres sacrificar: ¿quién prefieres que sea inmolado, ella o yo? Elige.

Marta quedó perpleja. Naturalmente prefería la felicidad de su hermano, pero su gentileza impedía abrir la boca para condenar a alguien a la desgracia; le hubiera sido penoso exclamar:—¿que sea inmolada